

## LA PEQUEÑA CONTRA-HEGEMONÍA

Alfredo Joignant

Hace un tiempo, la derecha intelectual se propuso disputar la hegemonía que, en el Chile de hoy, le es tan hostil. Se trata de un puñado de intelectuales públicos adscritos a centros de estudios, y para unos pocos de académicos universitarios. Se trata de un esfuerzo de articulación elogiabile, entre exótico y excéntrico, dado que tiene lugar en un segmento del mundo político que es alérgico a las ideas y que, peor aun, desconfía de quienes son sus productores.

Es en este grupo en el que convergen la estrategia de compilación crítica de textos políticos de derecha de Hugo Herrera, la práctica imitativa de tesis –convengamos muy banales- del tipo big society de Pablo Ortúzar, el intento de revival del impulso que originó el neoliberalismo clásico (el del coloquio Lippmann de 1938) de Axel Kaiser y su denuncia sin tapujos de la igualdad como tiranía, sin olvidar al columnista Daniel Mansuy y el estilo más tecnocrático de Hernán Larraín Matte. No sería fácil sumar muchos más nombres intelectualmente relevantes a un grupo que es pequeño, lo cual revela la envergadura de la dificultad a la que se enfrentan.

Son pocos, dominados en ideas, posiciones institucionales y reconocimiento por la comunidad de pares en el campo tanto científico como intelectual, y definitivamente poco conocidos por sociólogos, cientistas políticos, historiadores y filósofos. Es lo que explica que se encuentren a una distancia sideral de la hegemonía cultural que es ejercida por intelectuales y universitarios progresistas y de alguna de las tantas izquierdas chilenas, permeando a la vez a los partidos de la Nueva Mayoría y a los movimientos sociales. Pero la experiencia de la dominación cultural también se juega en el debate de ideas. Llevados a controversias de fondo sobre lo que se juega ante bienes que, para algunos, son definidos como esenciales para la vida y ante los cuales debiésemos acceder y gozar de modo igualitario (por ejemplo en educación y salud), para otros estos mismos bienes cumplen una función de diferenciación y prestigio (que es lo que justificaría el desigual acceso a ellos), el resultado es una postura casi inaudible. Si es posible calificar esta empresa intelectual de derecha como contra-hegemónica, es porque –exceptuando el caso de Kaiser, de lejos el más genuino en sus convicciones- lo que los define es una práctica reactiva, quejumbrosa ante ideas que no les gustan, pero en donde el refunfuño sigue siendo algo parecido a un sentimiento al estado bruto: “práctica pura sin teoría”, como decía Durkheim a propósito del arte. Mientras permanezcan en ese estado y se especialicen en compilar, imitar y comentar, reproduciendo el leitmotivo banal de ir mas-allá-del-Estado-y-del-mercado o de reclamar por una nueva teoría de la justicia, el destino seguirá siendo el mismo.

Pero allí están, lidiando con la dominación, buscando algo de reconocimiento de sus pares para que las ideas adquieran peso (a menos de creer que éstas generan efectos independientemente de quienes son sus productores), intentando convencer a la

derecha política de que el pensamiento sí importa. Tienen ganas, y deberán armarse de mucha paciencia, pero van por el camino correcto.